Imprimir

Lo sorprendente de las políticas de Donald Trump es que la gente todavía se sorprenda por ellas. Los titulares expresan asombro e incredulidad cada vez que Trump ataca otro pilar del orden liberal global —por ejemplo, al apoyar las reclamaciones de Rusia sobre territorio ucraniano, contemplar la anexión forzada de Groenlandia o desatar el caos financiero con anuncios arancelarios. Sin embargo, sus políticas son tan coherentes, y su visión del mundo está tan claramente definida, que a estas alturas solo el autoengaño deliberado puede explicar cualquier sorpresa.

Los defensores del orden liberal ven el mundo como una red de cooperación potencialmente beneficiosa para todos. Creen que el conflicto no es inevitable, porque la cooperación puede ser mutuamente provechosa. Esta creencia tiene raíces filosóficas profundas. Los liberales argumentan que todos los seres humanos comparten ciertas experiencias e intereses comunes, los cuales pueden servir de base para valores universales, instituciones globales y leyes internacionales. Por ejemplo, todos los humanos detestan las enfermedades y tienen un interés común en prevenir la propagación de epidemias. Por eso, todos los países se beneficiarían del intercambio de conocimientos médicos, de los esfuerzos globales para erradicar epidemias y del establecimiento de instituciones como la Organización Mundial de la Salud que coordinen tales esfuerzos. Del mismo modo, cuando los liberales observan el flujo de ideas, bienes y personas entre países, tienden a interpretarlo en términos de beneficios potenciales mutuos, en lugar de competencia y explotación inevitables.

En cambio, en la visión trumpiana, el mundo se percibe como un juego de suma cero en el que toda transacción implica ganadores y perdedores. Por lo tanto, el movimiento de ideas, bienes y personas es inherentemente sospechoso. En el mundo de Trump, los acuerdos internacionales, las organizaciones y las leyes no pueden ser más que un complot para debilitar a algunos países y fortalecer a otros —o quizás un complot para debilitar a todos los países y beneficiar a una élite cosmopolita siniestra.

Entonces, ¿cuál es la alternativa preferida por Trump? Si pudiera remodelar el mundo según sus deseos, ¿cómo sería?

El mundo ideal de Trump es un mosaico de fortalezas, donde los países están separados por altos muros financieros, militares, culturales y físicos. Renuncia al potencial de la cooperación mutuamente beneficiosa, pero Trump y los populistas afines argumentan que este enfoque ofrecería a los países más estabilidad y paz.

Sin embargo, hay un componente clave que falta en esta visión. Miles de años de historia nos enseñan que cada fortaleza probablemente querría un poco más de seguridad, prosperidad y territorio para sí misma, a costa de sus vecinos. En ausencia de valores universales, instituciones globales y leyes internacionales, ¿cómo resolverían sus disputas las fortalezas rivales?

La solución de Trump es simple: la manera de evitar conflictos es que los débiles hagan lo que los fuertes demanden. Según esta visión, el conflicto ocurre solo cuando los débiles se niegan a aceptar la realidad. Por tanto, la guerra siempre es culpa de los débiles.

Cuando Trump culpó a Ucrania por la invasión rusa, muchas personas no pudieron entender cómo podía sostener una opinión tan absurda. Algunos asumieron que había sido engañado por la propaganda rusa. Pero hay una explicación más simple. Según la visión trumpiana del mundo, las consideraciones de justicia, moralidad y derecho internacional son irrelevantes, y lo único que importa en las relaciones internacionales es el poder. Dado que Ucrania es más débil que Rusia, debería haberse rendido. En la visión trumpiana, la paz significa rendición, y como Ucrania se negó a rendirse, la guerra es su culpa.

La misma lógica subyace al plan de Trump para anexar Groenlandia. Según esta lógica, si la débil Dinamarca se niega a ceder Groenlandia a los mucho más fuertes Estados Unidos, y Estados Unidos invade y conquista Groenlandia por la fuerza, Dinamarca sería la única responsable de cualquier violencia y derramamiento de sangre.

Hay tres problemas evidentes con la idea de que las fortalezas rivales pueden evitar el conflicto aceptando la realidad y haciendo acuerdos.

Primero, esta idea revela la falsedad de la promesa de que en un mundo de fortalezas todos

se sentirán menos amenazados, y que cada país podrá enfocarse en desarrollar pacíficamente sus propias tradiciones y economía. En realidad, las fortalezas más débiles pronto se verán absorbidas por sus vecinos más fuertes, que pasarían de ser fortalezas nacionales a imperios multinacionales en expansión.

El propio Trump es muy claro respecto a sus planes imperiales. Mientras construye muros para proteger el territorio y los recursos de Estados Unidos, dirige una mirada depredadora hacia el territorio y los recursos de otros países, incluso antiguos aliados. Dinamarca es nuevamente un ejemplo revelador. Durante décadas ha sido uno de los aliados más fieles de Estados Unidos. Después de los atentados del 11 de septiembre, Dinamarca cumplió con entusiasmo sus obligaciones del tratado de la OTAN. Cuarenta y cuatro soldados daneses murieron en Afganistán —una tasa de muertes per cápita más alta que la de los propios Estados Unidos. Trump no se molestó en decir “gracias”. En cambio, espera que Dinamarca se someta a sus ambiciones imperiales. Claramente quiere vasallos, no aliados.

Un segundo problema es que, dado que ninguna fortaleza puede permitirse ser débil, todas estarían bajo una enorme presión para fortalecerse militarmente. Los recursos se desviarían del desarrollo económico y los programas sociales hacia la defensa. Las carreras armamentistas resultantes disminuirían la prosperidad de todos sin hacer que nadie se sienta más seguro.

Tercero, la visión trumpiana espera que los débiles se rindan ante los fuertes, pero no ofrece un método claro para determinar la fuerza relativa. ¿Qué pasa si los países calculan mal, como ha ocurrido muchas veces en la historia? En 1965, Estados Unidos estaba convencido de que era mucho más fuerte que Vietnam del Norte, y que aplicando suficiente presión podía obligar al gobierno de Hanói a llegar a un acuerdo. Los norvietnamitas se negaron a reconocer la superioridad estadounidense, perseveraron contra todo pronóstico —y ganaron la guerra. ¿Cómo podría haber sabido Estados Unidos de antemano que en realidad tenía la mano más débil?

De manera similar, en 1914 tanto Alemania como Rusia estaban convencidas de que

ganarían la guerra antes de Navidad. Se equivocaron. La guerra duró mucho más de lo esperado y tuvo muchos giros imprevistos. Para 1917, el derrotado Imperio Zarista estaba sumido en la revolución, pero Alemania fue privada de la victoria debido a la intervención inesperada de Estados Unidos. Entonces, ¿debió Alemania haber hecho un trato en 1914? ¿O tal vez el zar ruso debió haber aceptado la realidad y rendirse ante las exigencias alemanas?

En la actual guerra comercial entre China y Estados Unidos, ¿quién debería hacer lo sensato y rendirse por adelantado? Podrías responder que, en lugar de ver el mundo en términos tan de suma cero, es mejor que todos los países trabajen juntos para asegurar la prosperidad mutua. Pero si piensas así, estás rechazando los postulados básicos de la visión trumpiana.

La visión trumpiana no es una novedad. Ha sido la visión predominante durante miles de años, antes del surgimiento del orden mundial liberal. La fórmula trumpiana se ha intentado y probado tantas veces que sabemos adónde conduce usualmente: a un ciclo interminable de construcción de imperios y guerras. Aún peor, en el siglo XXI las fortalezas rivales tendrían que enfrentarse no solo a la vieja amenaza de la guerra, sino también a los nuevos desafíos del cambio climático y la aparición de una inteligencia artificial superinteligente. Sin una cooperación internacional sólida, no hay forma de enfrentar estos problemas globales. Como Trump no tiene una solución viable para el cambio climático ni para una IA descontrolada, su estrategia es simplemente negar su existencia.

Las preocupaciones sobre la estabilidad del orden liberal mundial aumentaron después de que Trump fuera elegido presidente de Estados Unidos en 2016. Tras una década de confusión e incertidumbre, ahora tenemos una imagen clara del desorden post-liberal. La visión liberal del mundo como una red de cooperación ha sido reemplazada por la visión del mundo como un mosaico de fortalezas. Esto se está materializando a nuestro alrededor: se levantan muros y se alzan puentes levadizos. Si esta tendencia continúa, los resultados a corto plazo serán guerras comerciales, carreras armamentistas y expansión imperial. Los resultados finales serán una guerra global, el colapso ecológico y una inteligencia artificial fuera de control.

Podemos entristecernos e indignarnos por estos desarrollos y hacer lo mejor que podamos para revertirlos, pero ya no hay excusa para sorprenderse. En cuanto a quienes deseen defender la visión de Trump, deberían responder una sola pregunta: ¿cómo pueden las fortalezas nacionales rivales resolver pacíficamente sus disputas económicas y territoriales si no existen valores universales ni leyes internacionales vinculantes?

Yuval Noah Hariri

Foto tomada de: BBC